

Borges y sus lecturas mauthnerianas: ponderaciones sobre una crítica del lenguaje

Resumen: En la segunda década del siglo pasado, Jorge Luis Borges publica sus tres libros de ensayos que luego serán marginados de sus *Obras Completas: Inquisiciones, El tamaño de mi esperanza y El idioma de los argentinos*, textos que, entre otras temáticas, demuestran una clara inclinación del escritor argentino hacia un asunto que ocupa un lugar de privilegio en su ensayismo: la reflexión sobre el lenguaje. Y es en esta reflexión que hacen ecos las lecturas del pensador alemán Fritz Mauthner, quien en sus *Contribuciones a una crítica del lenguaje* y en su *Diccionario de Filosofía* funda una verdadera contracorriente en el pensamiento de su época sobre los límites y las insuficiencias comunicativas de los hombres. Mauthner, en su crítica mordaz, discurre sobre las particularidades de la experiencia sensorial, opina sobre las fronteras de la razón y el conocimiento, alerta sobre las deficiencias de los discursos de la filosofía y de la ciencia y, sobre todo, denuncia en cada una de sus reflexiones una temática de fondo que atraviesa todas sus consideraciones: la cuestión del lenguaje. Borges, apoyándose en sus lecturas juveniles y algunos años después de las mismas, traerá al campo literario argentino aquellas preocupaciones mauthnerianas que tanto lo cautivaron.

Palabras clave: Jorge Luis Borges – Fritz Mauthner – Crítica del lenguaje.

En 1921, Jorge Luis Borges vuelve a Buenos Aires después de siete años de experiencia europea y descubre que la ciudad en expansión que dejara en 1914 estaba convertida en una gran metrópolis, en un espacio donde el crecimiento acelerado cambia constantemente los trazos que componen la vida social de su población. Y esa vida social que, desde el progreso y el avance tecnológico, incluye algunos selectos grupos de ciudadanos, también excluye a una gran diversidad de sectores conformado por los *antiguos* argentinos y gran parte de la inmensa masa de *nuevos* habitantes que llegan al país y que desde los conventillos o desde barrios periféricos pugnan por un lugar en la nueva sociedad y por un nuevo estatuto, el de ser un argentino más en un territorio que le es adverso. Allí se encuentra una de las problemáticas que el joven Borges observa al llegar a su patria: la configuración de un pueblo que no se termina de definir. Borges, de nuevo en Buenos Aires, se enfrenta con una realidad que por décadas se arrastrará en la República Argentina, la cuestión de la identidad, el interrogante de “qué es ser argentino”, tema que servirá de motivo de reflexión en sus primeros tres libros de

ensayos: *Inquisiciones* de abril de 1925, *El tamaño de mi esperanza*, de julio de 1926 y *El idioma de los argentinos*, de julio de 1928.

Y dentro de esa identidad argentina que se forma y transforma con *gringos* que llegan a los puertos, con migrantes internos venidos del interior, con antiguas camadas de criollos y con minorías perseguidas o ignoradas también habita, a los ojos de Borges, otro interrogante que es tan determinante como el que pregunta por la heterogeneidad o la homogeneización de los hombres que conforman una sociedad: ¿cuál es la lengua de ese pueblo a ser definido?

Borges percibe la existencia de un modelo que no alcanza a fusionar los diversos estratos sociales y sus particularidades: la simplicidad de la vida de quien vive en el campo sin ser propietario de las grandes extensiones; el gaucho sufrido, errante y marginal en la inmensidad de la Pampa; el vecino del barrio o el gringo del conventillo que padece una vida de exclusión frente al ciudadano próspero o de familia tradicional. Pero también percibe la incertidumbre de saber cuál es la lengua que rige la vida de cada uno de estos personajes, la vacilación acerca de cuál es “el idioma de los argentinos”.

El ensayismo borgeano de aquellos años apunta a esa diversidad social en el ámbito económico y también a esa formación lingüística babélica del pueblo, señala la fragmentación o disolución del carácter unificador de la *patria* ante la diversidad y duda de un sentimiento de pertenencia o de identificación patriótica que los discursos nacionalistas proponen para redefinir la historia y crear un ideal simbólico de argentino (en un pasado común, donde el ciudadano se pueda reconocer). En este sentido, se puede decir que la reflexión borgeana sobre la argentinidad de aquellos ensayos descansa en las preocupaciones citadas, pero también en proposiciones lúdicas en donde no falta el sarcasmo y la ironía sofisticada. Esos primeros textos muestran un elemento perturbador ante un país babélico, pero también cuestionan con singular capacidad la arbitrariedad de los discursos de la época. Ambos extremos, permiten que el joven escritor entre directamente en la discusión y en la reflexión

ideológica sobre las posibilidades y los límites de la propia identidad argentina. Y es justamente en este raciocinio borgeano sobre la identidad de su pueblo desde donde quiere partir el presente trabajo para exhibir cómo las lecturas del filósofo y lingüista checo, Fritz Mauthner¹, resultan pertinentes para discutir uno de los ejes neurálgicos que configura la identidad de toda sociedad, su lenguaje.

Cuando Borges señala lo ilógico de trazar una índole nacional con un gaucho o un compadre también está diciendo que entre los diversos elementos que modelan un probable *ser argentino*, además de personajes, se debe reparar atentamente en su (otra) historia, en la (otra) literatura de los mismos, pero por sobre todo, en la lengua que los caracteriza. Así, debatiendo sobre el idioma nacional, el joven Borges ingresa, en los primeros años del siglo pasado, en una de las reflexiones más antiguas del pensamiento humano: la problemática del lenguaje. Y si esta temática es corriente en los escritos del Borges adulto, la misma ya empieza a germinar en sus textos iniciales. Por ello, la *reflexión* sobre el lenguaje no debe ser tomada como una preocupación que comienza en relatos como “El idioma analítico de John Wilkins”, “Funes el memorioso”, “Pierre Menard autor del Quijote” o “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” y sí como una fase más de un proceso que se inicia algunas décadas antes con las lecturas de su juventud en Europa y de sus primeros años en Buenos Aires. Las alusiones directas a Mauthner o las referencias a las nociones del *Diccionario de Filosofía* (1910) y de las *Contribuciones a una crítica del lenguaje* (1923) del pensador checo son una clara muestra del proceso citado.

¹ Según Ferrater Mora (2153), el principal interés del filósofo checo Fritz Mauthner (1849-1923) es la crítica del lenguaje y uno de los problemas que este ofrece es que, algunos filósofos creen que se corresponde con el mundo, es decir, que refiere cosas reales y que la palabra denota una realidad. Este problema posibilita que, en la visión mauthneriana, el filósofo y su falsa creencia provoquen consecuencias devastadoras en sus reflexiones, pues edifica teorías con esta suposición y “puebla” el mundo con cosas que en definitiva son inexistentes. Por ello, para Mauthner, una forma de corregir tal equívoco es purificar las lenguas criticándolas y liberándolas de la pretensión de conocer las cosas (Ferrater Mora 2154).

En este sentido, las primeras relaciones tejidas entre literatura y filosofía y las reflexiones críticas sobre los límites y las posibilidades del lenguaje en general (y de la lengua de los argentinos en particular) realizadas por Borges en sus ensayos juveniles dejan entrever la influencia de las lecturas mauthneriana en dichos escritos.

Así, “Examen de metáforas”, ensayo publicado en los números 40 y 41 de la revista *Alfar* de La Coruña, en mayo y junio de 1924 y recogido un año después en *Inquisiciones* (Borges *Textos recobrados* 548) y “Acerca del vocabulario” publicado en *La prensa* de Buenos Aires, en mayo de 1926, luego en *El tamaño de mi esperanza* (1926) con el título “Palabrería para versos” traen afirmaciones borgeanas que coinciden casi literalmente con algunas reflexiones del pensador europeo.

Las consideraciones supra referidas se aprecian, por ejemplo, en el artículo “Ding” (cosa) del *Diccionario de Filosofía* de Mauthner, cuando este último refiere que la composición o la definición de un objeto o de una cosa se dan a través de sus cualidades². Por ello, señala el pensador, que una manzana sería solamente el resultado o la causa de la suma de sensaciones que nos producen la percepción de algo que es redondo, rojo y dulce (Mauthner *Wörterbuch der* 296). Esta prevalencia del adjetivo ante el sustantivo que es la misma que, posteriormente, asumirá su máxima expresión en las páginas de la borgeana “Tlön”, ya se vislumbra en “Examen de metáforas” cuando se lee que los sustantivos son abreviaturas de adjetivos y que en “lugar de contar frío, filoso, hiriente, inquebrantable, brillador, puntiagudo, enunciamos puñal y que en sustitución de ausencia de sol y progresión de sombra, decimos que anochece. (Borges *Inquisiciones* 71-72)

² Según Dapía (275), para Mauthner los adjetivos estarían más próximos de la experiencia humana que los sustantivos debido a que las “sensaciones y adjetivos nos hablan de cualidades, sin pretender afirmar la existencia de un objeto más allá de éstas”. Por esta singular relación que Mauthner establece entre las cosas y la forma en que son nominadas, el pensador estaría afirmando una verdadera imposibilidad humana de acceso a los objetos exteriores por otra vía diversa de las propias sensaciones que los mismos causan. (Dapía 275).

En este mismo entendimiento, las consideraciones borgeanas en “Palabrería para versos” no sólo proponen una llamativa intimidad con la relación adjetivo-sustantivo mauthneriana, sino que ejemplifica tal vinculación mediante el uso de una naranja así como el pensador checo lo había hecho con una manzana. Se lee en Borges (*El tamaño* 47):

Palpamos un redondel, vemos un montoncito de luz, un cosquilleo nos alegra la boca, y mentimos que esas tres cosas heterogéneas son una sola y que se llama naranja. La luna misma es una ficción. Fuera de conveniencias astronómicas que no deben atarearnos aquí, no hay semejanza alguna entre el redondel amarillo que ahora está alzándose con claridad sobre el paredón de la recoleta, y la tajadita rosada que vi en el cielo de la plaza de Mayo, hace muchas noches.

Y no sólo ese paralelismo entre los objetos escogidos para ejemplificar la relación entre los adjetivos y los sustantivos aproxima a ambos autores en “Palabrerías para versos”, sino que también se pueden percibir las ideas sobre los límites de nuestro lenguaje cuando de aprehender la realidad se trata. Borges, en el camino de Mauthner, afirma en este ensayo que los sustantivos, esas palabras inventadas para asir la realidad, tienen la finalidad de tratar de ordenarla, ya que sufrimos la imposibilidad de decirla. El lenguaje, señala Borges, “es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo. Dicho sea con otras palabras: Los sustantivos se los inventamos a la realidad” (Borges *El tamaño* 46).

Y si en *Inquisiciones* y en *El tamaño de mi esperanza* las lecturas de Mauthner se deducen de las reflexiones borgeanas sobre el lenguaje, en *El idioma de los argentinos* dichas lecturas son directamente señaladas por el escritor argentino. Así, en dos fragmentos del ensayo “Indagación de la palabra” encontramos nuevas referencias a las ideas de Mauthner

sobre las imprecisiones de nuestro lenguaje y la imposibilidad a la que nos enfrentamos al tratar de evitarlas, además de la primera mención directa al pensador europeo.

En un primer fragmento, Borges (*El idioma* 25-26) alerta sobre la disociación entre palabra y experiencia y puntúa la conformidad humana de aceptar una gramática imperfecta como regidora de nuestro decir:

¿Y nosotros, los nunca ángeles, los verbales, los que *en este bajo, relativo suelo* escribimos, los que sotopensamos que ascender a letras de molde es la máxima realidad de las experiencias? Que la resignación -virtud a que debemos resignarnos sea con nosotros. Ella sería nuestro destino: hacernos a la sintaxis, a su concatenación traicionera, a la imprecisión, a los talveces, a los demasiados énfasis, a los peros, al hemisferio de mentira y de sombra en nuestro decir.

En un segundo fragmento, se observa por primera vez la fuente con la cual el argentino tantas veces dialoga en sus escritos. Las nociones borgeanas sobre la imposibilidad de un orden abarcador o de una clasificación exhaustiva de ideas o de objetos que tanto seduce en “El idioma analítico de John Wilkins” ya aparecen en su ensayo “Indagación de la palabra” con la mención del *Diccionario de filosofía* de Fritz Mauthner, una de las obras que, posteriormente, resultará ser de continua lectura:

Todas las ideas son afines o pueden serlo. Los contrarios lógicos pueden ser palabras sinónimas para el arte: su clima, su temperatura emocional suele ser común. De esta no posibilidad de una clasificación psicológica no diré más: es desengaño que la organización (desorganización) alfabética de los diccionarios pone de manifiesto. Fritz Mauthner (*Wörterbuch der Philosophie*, volumen primero, páginas 379-401) lo prueba con lindísima sorna. (Borges *El idioma* 27)

En sus tres libros de ensayos de juventud, Borges puede haber renegado de muchas de sus ideas o haber dudado posteriormente de alguno de sus posicionamientos, pero parece improbable que, si de reflexionar sobre el lenguaje se trata, sus nociones hayan sufrido grandes modificaciones. Sobre tal entendimiento basta ver las alusiones a Mauthner y a sus nociones sobre la crítica del lenguaje esparcida sobre varios textos de las obras “completas” del escritor argentino.

Sobre estas alusiones, Borges (*Obras Completas I* 276) señala en su texto “Notas” de *Discusión* (1932) que entre las obras que más ha releído³ y abrumado de notas manuscritas está el *Diccionario de filosofía* de Mauthner y que no lo sorprende que este pensador sea ignorado debido al horror que la palabra filosofía causa en los críticos, motivo que también ocasiona el no reconocimiento del *Diccionario de filosofía* como uno de “los más inagotables y agradables libros de ensayos de la literatura alemana” (Borges *Obras Completas I* 278).

En *Historia de la eternidad* (1936), se contemplan menciones al pensador europeo en la *Posdata* a “Las Kenningar”: “Mauthner observa que los árabes suelen derivar sus figuras de la relación padre-hijo.” (Borges *Obras Completas I* 380) y en “La doctrina de los ciclos”⁴ cuando se lee que “Mauthner objeta que atribuir la menor influencia moral, vale decir práctica, a la tesis del eterno retorno, es negar la tesis - pues equivale a imaginar que algo puede acontecer de otro modo” (Borges *Obras Completas I* 389-390).

Algunos años más tarde, en 1944, en el Prólogo de *Artificios*, Borges (*Obras Completas I* 483) reafirma que Mauthner es parte del “censo heterogéneo” de los autores que relee continuamente. Y esa relectura mauthneriana se reafirma en los pensamientos borgeanos

³ En ese mismo sentido, en la revista *Sur* número 209-210 de marzo-abril de 1952, se encuentra un ensayo que dice: “Yo pasaba los días leyendo a Mauthner o elaborando áridos y avaros poemas de la secta, de la equivocación, ultraísta” (Borges *Borges en* 306).

⁴ Entre la publicación de “La doctrina de los ciclos” y el Prólogo de *Artificios*, existe una breve alusión a Mauthner en “La biblioteca total”, de 1939, texto publicado en el número 59 de la revista *Sur*: “Deussen y Mauthner hablan de una bolsa de letras [...]” (Borges *Borges en* 25).

sobre la existencia de un idioma universal que abarque la realidad⁵ que se revelan en “El idioma analítico de John Wilkins” de sus *Otras inquisiciones*⁶ (1952). En dicho ensayo se puede leer que: “Las palabras del idioma analítico de John Wilkins no son torpes símbolos arbitrarios; cada una de las letras que las integran es significativa [...]. Mauthner observa que los niños podrían aprender ese idioma sin saber que es artificioso” (Borges *Obras Completas* 85). Esta alusión entre jocosa e irónica que se lee en el texto borgeano sobre este idioma singular de Wilkins ya se observa en las *Contribuciones a una crítica del lenguaje* del pensador europeo cuando refiere que “querer inventar un catálogo semejante no es más que una utopía, a pesar de Ramón Lull, Wilkins y Leibniz. Pues nuestro lenguaje no precede a nuestro conocimiento del mundo, sino que cojea detrás” (Mauthner *Contribuciones a* 92). Afirmación que se completa con la noción de lenguaje, como algo inacabado y por lo tanto, no pasible de clasificación. Así, Mauthner (*Contribuciones a* 92) manifiesta que: “El lenguaje de un pueblo no es una construcción acabada; no posee en absoluto ningún catálogo mundial claro y ordenado”.

Y ante estas manifestaciones acerca de lo que no es lenguaje, cabe abrir un paréntesis y preguntarse cómo define esta figura el pensador europeo. Y es en esta definición que encontramos otras interesantes relaciones entre este autor y el escritor argentino. Para Mauthner (*Contribuciones a* 51), el lenguaje “no es más que su propio uso. Lenguaje es uso del lenguaje” y por lo tanto, este no posee una realidad, ni una existencia independiente de los sujetos que lo utilizan. Y estos sujetos, en su función de usuarios, deben poseer las representaciones que surgen del empleo del lenguaje y gozar de un pasado común, de una

⁵ Según Camurati (71), Borges coincide con Mauthner al debatir sobre la vana tentativa de conocer y expresar las infinitas formas de la realidad con el lenguaje, medio absolutamente inapto para tal fin, pues la realidad se instala en el ámbito de lo pluridimensional y el lenguaje en el de lo unidimensional. En este sentido, ya en escritos de madurez, en el epílogo de *Historia de La noche* (1977), podemos leer la siguiente advertencia borgeana: “Trabajamos a tientas. El universo es fluido y cambiante; el lenguaje, rígido” (Borges *Obras Completas III* 202).

⁶ También en *Otras inquisiciones*, en “Historia de los ecos de un nombre”, se observa una referencia al pensador europeo cuando se lee que: “[...] no toleramos que al sonido de nuestro nombre se vinculen ciertas palabras. Mauthner ha analizado y ha fustigado este hábito mental. (Borges *Obras Completas II* 128)

tradición, que les permita servirse del mismo. En este sentido, para Mauthner (*Contribuciones a 190*), “el lenguaje es la conciencia común de un pueblo, algo entre los hombres” y las palabras que lo componen “sólo tienen sentido para aquel que posee ya sus contenidos de representación” (Mauthner *Contribuciones a 49*). En un mismo camino encontramos algunas nociones de Borges como las que se desprenden de “El Aleph” (1949) cuando se lee que: “Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten” (*Obras Completas I 624*) y del prólogo a “El informe de Brodie” (1970) cuando se afirma que: “Cada lenguaje es una tradición, cada palabra un símbolo compartido, es baladí lo que un innovador es capaz de alterar”. (*Obras Completas II 400*).

Y estas coincidencias con las ideas mauthnerianas, así como las referencias a dicho autor no están ausentes en los textos en que Borges, más de medio siglo después de aquellos ensayos de juventud, continúa abordando la cuestión del lenguaje. Así, en “Ars Magna”, en *Atlas* (1984), se refiere que “Mauthner observa que un diccionario de la rima es también una máquina de pensar” (Borges *Obras Completas III 438*) y en “La máquina de pensar de Raimundo Lulio”, en *Textos Cautivos* (1986), se afirma que: “Como instrumento de investigación filosófica, la máquina de pensar es absurda. No lo sería, en cambio, como instrumento literario y poético. (Agudamente anota Fritz Mauthner - *Wörterbuch der Philosophie* - que un diccionario de la rima es una especie de máquina de pensar)” (Borges *Obras Completas IV 438*).

Después de esta somera revisión del paralelismo de ideas existente entre los autores que se han elegido para este trabajo, sólo resta decir que el lenguaje es herramienta y uso para los conversadores borgeanos y mauthnerianos que desean actuar o hacer en el mundo, pero dejará de serlo cuando este quiera ser conocido. El lenguaje nos perpetúa como hombres entre las imágenes diversas que una misma palabra nos suscita, pero por esa misma diversidad nos prohíbe el acceso al conocimiento pleno, esencial. Y esa dualidad que es posibilidad y

también límite nos acompaña y nos sumerge en una ineludible contradicción. Contradicción que Borges, ya en sus ensayos de juventud, y Mauthner, algunos años antes, intuyen y exhiben en las reflexiones críticas y en las sospechas que les provoca la misma materia prima que utilizan para moldar sus particulares lectores, el mismo lenguaje.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *Borges en Sur*. Buenos Aires: Emecé, 1999. Impreso.

--- . *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 2002. Impreso.

--- . *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Seix Barral, 1995. Impreso.

--- . *Inquisiciones*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994. Impreso.

--- . *Obras Completas*. T. I. Buenos Aires: Emecé, 2004. Impreso.

--- . *Obras Completas*. T. II. Buenos Aires: Emecé, 2002. Impreso.

--- . *Obras Completas*. T. III. Buenos Aires: Emecé, 2003. Impreso.

--- . *Obras Completas*. T. IV. Buenos Aires: Emecé, 2003. Impreso.

- - - . *Textos recobrados I* (1919-1929). Buenos Aires: Emecé, 2007. Impreso.

Camurati, Mireya. *Los “raros” de Borges*. Buenos Aires: Corregidor, 2005. Impreso.

Dapía, Silvia G. “El ensayismo de Jorge Luis Borges”. *Tradicón y actualidad de la literatura iberoamericana*. Vol. 1. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1995, p. 273-283. Impreso.

Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Alianza, 1981. Impreso.

Mauthner, Fritz. *Contribuciones a una crítica del lenguaje*. Trad. José Moreno Nieto. Barcelona: Herder, 2001. Impreso.

- - - . *Wörterbuch der Philosophie*. Leipzig: Felix Meiner, 1923. Impreso.